

## II

Júzguese por ahí de su inteligencia política; todos los objetos se les aparecen bajo una luz falsa; diríase que son niños que á cada revuelta del camino ven un espectro espantoso en cada árbol y en cada zarzal. Arturo Young, visitando fuentes cerca de Clermont, fué arrestado, y quiere meterse en la cárcel á la mujer que le servía de guía; muchos opinan que «está encargado por la reina de hacer volar la ciudad y mandar luego á galeras á todos los habitantes que escapen de la voladura.» Seis días más tarde, en la otra parte de Puy y sin embargo de su pasaporte, la guardia cívica va á cogerle en su cama á las once de la noche: se le manifiesta «que seguramente forma él parte de la conspiración tramada por la reina, el conde de Artois y el de Entragues, gran propietario de la comarca, y que ellos le han mandado como agrimensor para medir los campos, con objeto de doblar la contribución.» En este hecho hallamos el trabajo involuntario y temible de la imaginación popular; por un indicio, por una palabra construye en el aire sus castillos ó sus mazmorras fantásticas y su visión le parece tan sólida como la realidad. No tienen el instrumento interior que divide y discierne; piensan en globo, *por másas*; el hecho y el ensueño se le aparecen juntos y unidos en un solo cuerpo. En el momento en que se procede á la elección de diputados corre en Provenza el rumor de que «el mejor de los reyes quiere que todo sea igual, que no haya ya obispos, ni nobles, ni diezmos, ni derechos señoriales, que no haya ningún título ni distinción, ni derechos de caza ni de pesca... que el pueblo va á quedar exento de todo tributo, que sólo las dos primeras clases soportarán las cargas del Estado.» (1) Inmediatamente estallan cuarenta ó cincuenta revueltas casi en el mismo día. «Muchas municipalidades se niegan á pagar á su tesorero todo lo que no sean los impuestos reales.» Otras lo hacían mejor: «cuando se cogía la caja del cobrador del derecho sobre las pieles en Brignolis, era al grito de ¡viva el rey!» «El labrador dice de continuo que el saqueo y la destrucción que practica están conformes con la voluntad del rey.» Un poco más tarde, en Auvernia, los labradores que incendian los castillos, mostraron «mucha

(1) *Archivos nacionales*. H, 274. Cartas de M. de Caraman, de M. de Eymar de Montmeyran y de M. de la Tour. «El mayor beneficio del soberano fué interpretado del modo más extravagante por un populacho ignorante.»

repugnancia» de maltratar así «á tan buenos señores,» pero alegaron que «la orden es imperiosa, ellos creen que S. M. lo quiere así.» En Lyon, cuando los taberneros de la ciudad y los labradores de las cercanías pasan por sobre el cuerpo de los aduaneros, están bien convencidos de que el rey ha suspendido por tres días los derechos de entrada. Cuanto más grande es su imaginación más corta es su vista. «Pan, no más censos ni más contribuciones,» este es el grito único, el grito de la necesidad, y la necesidad exasperada penetra por delante como una bestia enfurecida. ¡Abajo el acaparador! Y quedan forzados los almacenes, detenidos los convoyes de grano, saqueados los mercados, ahorcados los panaderos y el pan tasado á bajo precio, de manera que el pan ó se esconde ó no llega ya. ¡Abajo los consumos! y las puertas arden, los guardas son apaleados, el dinero les falta á las ciudades para los gastos más urgentes. ¡Al fuego los registros de contribución, los libros de contabilidad, los archivos municipales y de los señores, los pergaminos de los conventos, todas estas escrituras malditas que hacen en todas partes deudores y oprimidos! Y ni la misma aldea sabe ya cómo reivindicar sus bienes propios. Contra el papel sellado, contra los agentes públicos, contra el hombre que en poco ó en mucho se relaciona con el trigo, es ciego y sordo el encarnizamiento. La fiera suelta lo aplasta todo hiriéndose á sí misma y se ceba mugiendo en el obstáculo al que debería dar vuelta.

## III

Es que le faltan los guías, y que, falta de organización, una multitud no es más que un rebaño. Contra todos sus jefes naturales, contra los grandes, los ricos, la gente empleada y revestida de autoridad es inveterada é incurable su desconfianza. Es en vano que le quieran y le hagan bien; se niega á creer en su humanidad y en su desinterés. La muchedumbre ha sido hartó fatigada; tiene prevención contra todas las medidas que de ellos proceden, hasta contra las más saludables y liberales. «Al solo nombre de las nuevas asambleas,—dice una comisión provincial en 1787, (1)—hemos oído exclamar á un pobre labrador: Y qué, ¿todavía nuevas vejaciones?» Todos sus superiores le son sospechosos y de la sos-

(1) *Actas de la Asamblea provincial del Orleanais* p. 296. «Una desconfianza siempre inestable reina en las campiñas. Nuestros primeros órdenes de diputados del departamento sólo sospechas han suscitado en varias partes.»

pecha á la hostilidad no hay más que un paso. En 1788, Mercier declara que «desde algunos años es visible en el pueblo la insubordinación y sobre todo en los talleres... Antiguamente, cuando yo entraba en una imprenta, los muchachos se descubrían. Hoy se contentan con miraros y sonreír de una manera burlona; apenas llegáis al dintel de la puerta, que ya les oís hablar de nosotros con más ligereza que si fuerais su camarada.» En las cercanías de París, sucede lo mismo en casa de los labradores y la señora Vigée-Lebrun, I, 158 y 183, yendo á Romainville, á casa del mariscal de Segur, observa este hecho. «No solamente no nos saludaban, sino que nos miraban con insolencia y hasta algunos nos amenazaban con sus palos.» En el mes de Marzo ó de Abril siguiente, en un concierto por ella dado, llegan consternados los convidados. «Por la mañana, en el paseo de Longchamps, reunido el populacho en la puerta de la Estrella, insultó del modo más espantoso á la gente que pasaba en coche; varios miserables subían al estribo, diciendo: «el año próximo, vosotros iréis en el pescante de vuestras carrozas, y nosotros dentro de ellas.» Al terminar el 1788, el río se convierte en torrente y el torrente en catarata. El intendente de Besançon escribe en una carta fechada en 5 de Diciembre de este año, que en su provincia el gobierno debe resolverse, y resolverse en el sentido popular, separarse de los privilegiados, abandonar las antiguas formas, dar al Tercer estado doble voto. Clero y nobleza son detestados, su supremacía parece un yugo. «En Julio último, se hubieran recibido los Estados, (antiguos) con transporte, y su formación habría tropezado con escasos obstáculos; en cinco meses, las inteligencias se han aclarado, los intereses respectivos se han discutido, las ligas se han formado. Se os ha dejado ignorar que en todas las clases del Tercer estado, llega á su colmo la fermentación, que una chispa basta para determinar el incendio... Si la decisión del rey es favorable, á los dos primeros órdenes, insurrección general en todos los puntos de la provincia, 600.000 en armas y todos los horrores de la cancillería (Jacquerie). La palabra se ha pronunciado, y se tendrá la cosa. Cuando una multitud sublevada rechaza á sus conductores naturales, necesario es que tome ó sufran otros. Del mismo modo sucede en un ejército, que entrando en campaña, degrada á todos sus oficiales; los nuevos grados son para los más atrevidos, los más insolentes, los más oprimidos, para aquellos que siendo quienes más sufrieron con el régimen anterior gritan «adelante,» marchan á la cabeza y forman las pri-

meras partidas. En 1789, las partidas están prontas, porque bajo el pueblo que padece, hay otro que padece más aún, cuya insurrección es permanente y que perseguido, reprimido, oscuro, no aguarda más que la ocasión para salir de sus escondrijos y desencadenarse á la luz del sol.

## IV

Gente sin opinión, refractarios de todas sus clases, carne de justicia ó de policía, alforjeros, *porte-batons*, roñosos, sarnosos, lívidos y feroces, todos ellos fueron engendrados por los abusos del sistema, y pululan en cada llaga social como en una podredumbre. Cuatrocientos sotos de caza guardados y la seguridad de una caza abundante que devora las cosechas á la vista del propietario, provocan á la caza vedada á millares de hombres, tanto más peligrosos, cuanto que arrostran leyes terribles y van armados. Ya en 1752, como puede verse en de Argenson, véase en torno de París, «cuadrillas de cincuenta ó sesenta, todos armados, manejándose como en una partida de forrajeo bien ordenada, con la infantería en el centro y la caballería en las alas... Viven en los bosques, en ellos han construído una cerca atrincherada y guardada, y pagan religiosamente todo cuanto toman para vivir.» En 1777, cerca de Sens, en Borgoña, el procurador general M. Terray, cazando en su hacienda con dos oficiales, encuentra siete cazadores furtivos que tiran á la caza ante sus ojos y muy pronto á ellos mismos: M. Terray queda herido, uno de los oficiales queda con el traje agujereado; llega la guardia foránea, los cazadores furtivos se resisten y la rechazan; se manda á llamar dragones de Provins, los cazadores matan á uno, derriban tres caballos y son acuchillados; cuatro de ellos quedan tendidos en el campo y siete hechos prisioneros. En los documentos de los Estados Generales, se ve que todos los años, en cada bosque grande hay muchos homicidios causados unas veces con el fusil de un cazador furtivo y con mucha mayor frecuencia con el de los guardas. Es una guerra á domicilio y permanente.

Toda hacienda vasta, esconde de igual modo sus revoltosos que tienen pólvora y balas y saben servirse de ambas cosas.

Otro elemento de revuelta lo forman los contrabandistas y matuteros de sal. Desde el momento en que un tributo es exorbitante, invita al fraude y suscita un pueblo de delincuentes contra un pueblo de agentes. Júzguese del número de los defraudado-

res por el de los guardas. Mil doscientas leguas de aduanas interiores, están guardadas por 50.000 hombres, de los cuales, 23.000 individuos no visten uniforme (1). «En los países de gran contribución y en las provincias de los cinco arriendos mayores, la línea de prohibición tiene cuatro leguas de largo de una á otra parte;» el cultivo está abandonado; todos son ó contrabandistas ó aduaneros. Cuando más excesivo es el impuesto, más elevada es la prima que se ofrece á los violadores de la ley y en todos

los confines ó fronteras en que la Bretaña toca á Normandía, al Maine y al Anjou, cuatro sueldos por libra, añadidos á la gabela, multiplican más allá de lo creíble el número ya enorme de los matuteros de sal. «Numerosas bandadas de hombres armados de barras ó largos bastones herrados y á veces de pistolas ó fusiles, tratan de abrirse paso á la fuerza. Una multitud de mujeres y niños de la más tierna edad, cruzan las líneas de las brigadas, y por otra parte, manadas de perros llevados al país libre, des-



MADAME DU CHATELET (La Emilia de Voltaire)

pués de haber en él permanecido encerrados por algún tiempo, sin comida alguna, van cargados de sal y acosados por el hambre la llevan rápidamente á sus amos. Hacían ese negocio tan lucrativo, los vagamundos, los desesperados, los hambrientos, corren de lejos como una jauría. Todos los límites de Bretaña están poblados de emigrantes, proscritos en su mayor parte de su patria, y que después de un año de domicilio gozan de todos los privilegios de los bretones; su única ocupación consiste en formar montones de sal para revenderla á los matuteros.» Percíbese como á la luz de un relámpago ese largo cordón de nómadas inquietos, nocturnos y ojeados, toda una población masculina y femenina de vagamundos montaraces, acostumbrados á las

(1) De Colonne, *Memorias presentadas á la Asamblea de los notables*, núm. 8.—Necker, *De la administración de hacienda*, I, 195.

sorpresas, endurecidos en la intemperie, desarrapados «casi todos atacados de una sarna pertinaz,» y los hallo parecidos en las cercanías de Morlaix, de Lorient y de otras partes, en los límites de otras provincias y en las fronteras del reino. De 1783 á 1787 en Quercy, dos cuadrillas aliadas de sesenta á ochenta contrabandistas defraudan á la Aduana por valor de cuarenta millares de tabaco, matan á dos aduaneros y defienden fusil en mano su almacén de la montaña; para reprimirlos se necesitarían los soldados que los comandantes militares no facilitan. En 1789, según una carta del barón de Bezenval, que puede verse en los *Archivos Nacionales*, una numerosa partida de contrabandistas trabaja permanentemente en la frontera del Maire y del Anjou; el comandante militar escribe que «su jefe es un bandido inteligente y temible, que ya tiene con él 54 hombres, que en breve tendrá un cuerpo numeroso, por la disposición de los ánimos y por la

miseria;» quizás sería conveniente corromper algunos de sus hombres para que lo entregaran ya que no se le puede coger. Esos son los procedimientos de los países en que es endémico el bandidaje. Aquí, en efecto, como en las Calabrias, el pueblo está por los bandidos contra los gendarmes. Se recuerdan las hazañas de Mandrin en 1754; su partida de 150 hombres que entra bultos de contrabando y

que sólo odia á los guardas; sus cuatro expediciones que duran siete meses, á través del Franco-Condado, el Lyonnais, el Bourbonnais, Auvernia y Borgoña, los veintisiete pueblos en que entra sin resistencia, suelta á los presos y vende sus mercancías; para vencerle, fué preciso establecer un campamento frente á Valence y mandar allí 200 hombres; se le coge á traición, y aún ahora hay familias del país



Tipos militares franceses, época de Luis XVI

que se honran con su parentesco, diciendo que fué un libertador. Ningún síntoma es más grave que este; cuando el pueblo prefiere los enemigos de la ley á sus defensores, la sociedad se descompone y los gusanos se apoderan de ella. Añádanse á estos, los verdaderos bandidos, asesinos y ladrones. «En 1782, como puede verse en Mercier, libro I, p. 71, la justicia prebostal de Montargis, instruye el proceso de Hulin y de más de 200 de sus cómplices que hacía diez años asolaban una parte del reino por medio de empresas combinadas. Mercier, cuenta en Francia «un ejército de más de diez mil bandoleros y vagamundos,» contra los cuales la guardería ó

ronda foránea compuesta de 3.756 hombres, estaba siempre en campaña. «Todos los días hay quejas de que no hay policía alguna en los campos, decía la Asamblea provincial de la alta Guyena. El señor ausente no vela por su seguridad; sus jueces y funcionarios judiciales se guardan bien de proceder gratuitamente contra un criminal insolvente y «sus haciendas se convierten en el asilo de todos los facinerosos del cantón.» Por eso sucede que cada abuso engendra un peligro, la incuria mal empleada lo mismo que un excesivo rigor, el feudalismo relajado, lo propio que la monarquía sobrado erguida. Todas las instituciones parecen hallarse de acuerdo